

¿JULIÁN DEL CASAL, PERIODISTA?

María Antonia Borroto Trujillo

José Martí (1853-1895) y Julián del Casal (1863-1893) son considerados los dos grandes corresponsales cubanos de finales del siglo XIX. Martí sería “el gran corresponsal cubano del extranjero”, mientras que Casal, lo sería “desde el propio país”. Kelly Kreitz¹ basa ese criterio en el hecho, demostrado por Susana Rotker, de que el tema tratado por los dos grandes modernistas cubanos es la modernidad. Cintio Vitier señala, atinadamente, que “en New York [Martí] es el testigo metido en las entrañas que están pariendo los tiempos modernos. En cuanto él es un hombre de esos tiempos modernos, participa incluso estilísticamente en todo el inmenso suceso”.² El asunto, en cambio, no resulta tan evidente tratándose de Casal, o, lo que es igual: varios aspectos deben ser precisados para una mejor comprensión de la modernidad casaliana, o, para ser más exactos, de la forma en que Casal dialoga con la modernidad, de la que participa y de la que también a ratos se distancia.

Mas otro asunto recaba, al menos de momento, ciertas aclaraciones: lo referido al autor de *Nieve* como el *otro* gran corresponsal cubano. Esta afirmación es tremenda. Tremenda porque implica nociones que deben ser dilucidadas, pues de lo contrario deviene frase vacía de todo sentido. ¿Qué significa ser un gran corresponsal? Es más, ¿qué significa serlo en las postrimerías del siglo XIX, y en Cuba, país atenazado por un obsoleto régimen colonial? ¿Qué significa esa equiparación entre el uno y el otro, Martí y Casal, siempre contrapuestos por la crítica tradicional?

La modernidad de los textos periodísticos martianos, espacio para la exposición de una conflictiva y en ocasiones contrapastoral (¿) asunción de la modernidad triunfante es asunto, si no ampliamente demostrado, al menos explicado en esclarecedores estudios de Julio Ramos, Susana Rotker, Iván Schulman, Roberto Fernández Retamar, Ángel Rama, Cintio Vitier, Fina García Marruz, Pedro Pablo Rodríguez, Mayra Beatriz Martínez, entre otros que, a lo largo de los años, han legado páginas que permiten conformar un *corpus* teórico en el cual ubicar el magistral —y conflictivo— periodismo martiano. Conflictivo —adjetivo que también conviene a los textos en prosa de Casal— por su hibridez y claro contrapunteo con las formas que, andando el tiempo,

llegarían a ser las dominantes en el ejercicio del periodismo, al constituirse en el llamado estilo periodístico. Ambos, como los modernistas todos, deben vender su trabajo en un nuevo mercado: el de la escritura, circunstancia que deviene, de facto, uno de los ejes de su creación.

Apresarlos a ambos como corresponsales, como los grandes corresponsales cubanos, puede significar un acto de injusticia. Apenas conocemos el periodismo cubano realizado en el siglo XIX. Los años de la llamada Tregua Fecunda, por ejemplo, años de una verdadera revolución editorial, sobre todo en lo concerniente a las publicaciones periódicas, vieron descollar a un granado grupo de periodistas, cuya obra yace sepultada bajo nubes de polvo —hablo del polvo del tiempo, y del otro, no tan metafórico— o cuya edición en forma de libros —de acuerdo a los muy personales criterios del respectivo compilador— es ya bastante lejana. Por eso siento apresurada la catalogación de ambos como “los dos grandes corresponsales cubanos”, no porque dude que ambos lo sean, sino porque temo ser injusta con Enrique José Varona, Julio Sanguily, Ramón Meza, Enrique Hernández Miyares, Manuel de la Cruz, entre muchos otros, cuya obra periodística apenas nos es posible conocer en su verdadera amplitud y naturaleza. Confieso, por demás, ser enemiga de las fáciles etiquetas y de ese ordenamiento según un escalafón preciso, de los méritos literarios —o periodísticos, según el caso— de cada cual. Mas algo sí debemos convenir: asumirlos a ambos como grandes corresponsales cubanos implica asumir su presencia, en tanto firmas notables, en los grandes periódicos del continente, los pioneros en la modernización de la prensa, verbigracia *La Nación* y *La Opinión Nacional*, o, por el contrario, en los que significaban algo similar en el ámbito de la colonia, *La Lucha*, *El País*, *La Caricatura* o en una revista tan notoria como *La Habana Elegante*. Asumirlos como grandes corresponsales implica aceptar la vastedad de sus miras, el despliegue en sus textos de un amplio y abarcador abanico que es expresión de la sociedad observada. Asumirlos como grandes corresponsales implica asumir la excelencia, desde el punto de vista formal, hasta el punto que, sólo con serios reparos, ambos podrían ser catalogados, según criterios actuales, como meros corresponsales. Esto es curioso, pues los textos martianos y casalianos entregados a las prensas ya eran vistos con reservas por ciertos editores, quejosos de la

¹ Kelly Kreitz, “Mirar el mundo como corresponsal: ecos de la prensa en el modernismo de Martí y Casal” (en) *Anuario del Centro de Estudios Martianos* 30, 2007, pp.137-143.

² Cintio Vitier, “El periodista”, (en) *Vida y obra del Apóstol José Martí*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2004, p. 208.

El ejercicio periodístico en José Martí y Julián del Casal demuestra la movilidad de las fronteras entre la literatura artística y otras formas, mucho más funcionales, de lo literario

mucha literatura presente en ellos y deseosos, por ejemplo, de párrafos cortos y de la sola exposición de los hechos, sin la desafortunada presencia del sujeto literario —en el caso de Martí—, o, tratándose de Casal, recelosos de su sombrío estado de ánimo y de la acritud con que explicita que, en ciertos asuntos, no hacía sino cumplir los encargos de los editores y las supuestas apetencias de los lectores. Es curioso, porque el ejercicio periodístico en ambos demuestra la movilidad de las fronteras entre la literatura artística y otras formas, mucho más funcionales, de lo literario, y cómo el *estatus* mismo de lo literario se modifica radicalmente con el modo de escritura —contra reloj, fragmentario, altamente referencial respecto a la realidad evocada, hasta el punto que ya comienza a perfilarse el mito de la transparencia entre el hecho y el texto que lo narra— que se entroniza desde los periódicos, con redacciones organizadas según criterios cada vez más modernos, con claro sentido empresarial y donde comienza a primar el efectismo que hoy en día envuelve a los llamados medios en una loca carrera en pos de lo más escandaloso.

O sea, Julián del Casal y José Martí son modernos en tanto periodistas, no ya porque el asunto de sus crónicas sea la modernidad, vivenciada con dolor y escepticismo, sino por la tempranísima conciencia de ambos de las profundas transformaciones en el campo de la escritura, y por la certeza de que los nuevos tiempos estaban pariendo una nueva forma de escritura, la entronizada desde los diarios, cada vez más ubicuos, o desde las agencias —que ya entonces daban la pasmosa sensación de tener el mundo al alcance de la mano—, escritura donde la velocidad —ese vértigo que entraña el acaecimiento de un hecho y su presencia en el diario de la jornada siguiente— comienza a ser un valor en sí misma.

Respecto a Julián del Casal, otros muchos asuntos demandan una urgentísima dilucidación. Advirtamos, en primera instancia, junto a Oscar Montero, lo paradójico de su posición en la historia literaria: “su obra es canónica y marginal, fundadora y sin embargo incompleta”.³ ¿Acaso la negativa a la inclusión dentro de *su obra* de sus páginas periodísticas no contribuye a esa sensación de incompletitud? ¿Acaso no hemos pretendido ver en las tales páginas un

simple dato biográfico que debe ser sumado a otras tantas noticias sobre su vida? ¿O un atajo para la interpretación de su poesía? ¿O hemos preferido, más o menos conscientemente, la cómoda imagen de un poeta evadido, y apreciar, por tanto, en su periodismo ensueños de poeta?

Conspiró en contra de nuestro conocimiento del periodista Julián del Casal la perturbadora brevedad de su vida. En 1890, apenas tres años antes de su muerte, Manuel de la Cruz, al comentar su obra, decía que aún no había encontrado su camino. Resultan poco menos que sorprendentes, por tanto, los hallazgos de sus últimos versos y esa galería en que devienen sus *Bustos*, de rara penetración psicológica y en los entramados de la vida social, con un diagnóstico —y en ocasiones pronóstico— de los avatares y contradicciones del artista en la modernidad, de las relaciones entre la prensa y el arte, y con cuestionamientos, sutiles y profundos, a lo que hoy llamaríamos la agenda de los medios y los mecanismos para la construcción de la realidad desde la prensa. Casal es, entre nosotros, de los primeros en reaccionar frente al fenómeno que andando el tiempo sería bautizado como cultura de masas. Todo ello apenas fue atisbado en su momento, o quedó en el olvido. ¿Motivos? Quizás el rápido estallido de la guerra libertadora —un año y tanto después de su muerte—, los lógicos cambios en la sociedad cubana y la existencia de otras urgencias una vez concluido el conflicto bélico. Casal, quien fuera casi inmediatamente reconocido como poeta,⁴ siguió vivo en el recuerdo y acciones de muchos de sus amigos, mas primó siempre el mito que lo acompañó aun en vida, mito reverdecido, en buena medida, tras la publicación en la década del sesenta del epistolario y la obra poética de Juana Borrero. ¿Acaso la imagen que podemos reconstruir de Julián del Casal en las visiones de la genial y enigmática joven no lo sitúan, tanto a él como a la historia de ambos, en la órbita de la mejor tradición romántica?

A diferencia de su poesía, el periodismo de Casal fue compilado en la década del sesenta del pasado siglo. Las *Crónicas habaneras*, preparadas por Ángel Augier, incluyen varios textos, mientras que las *Prosas*, en tres tomos, incluyen la totalidad conocida hasta el momento de su producción periodística. Fue, por tanto, un gesto tardío. Súmese a esto que la épica revolucionaria, la celeridad de las transformaciones de la sociedad cubana, los cambios en su política cultural y la entronización de un modelo de profesional del periodismo que se suponía en las antípodas de Casal, hizo que tales textos no fueran valorados, también, como textos periodísticos, sino como textos en prosa de un poeta genial. También deben haber pesado los

³ Oscar Montero, *Erotismo y representación en Julián del Casal*, Editions Rodopi B.V., Amsterdam-Atlanta, G.A., 1993, p. 3.

⁴ La obra poética de Casal recibió rápidamente la atención de la crítica y de varios antologadores de la poesía cubana e hispanoamericana. La edición de sus *Poesías*, realizada en 1963 por el Consejo Nacional de Cultura, incluye la mención de varios textos que lo ilustran. En el caso de las compilaciones de sus textos en prosa, incluyo en este estudio solamente las ediciones cubanas.



Casal es de los primeros en reaccionar frente al fenómeno que andando el tiempo sería bautizado como cultura de masas

Martínez Albertos, uno de los más importantes teóricos del periodismo, a propósito de las comunicaciones de masas: “las operaciones por las cuales ciertos grupos de especialistas, utilizando procedimientos técnicos, difunden cierto contenido simbólico entre un público amplio, heterogéneo y geográficamente diseminado”.⁵ Esta idea debe ser usada con cautela tratándose del periodismo realizado por los modernistas, pues sólo con muchas reservas podrían tales escritores ser considerados *especialistas* en el sentido estricto de la palabra. En Casal es posible apreciar, más bien, la premeditada renuncia a la referida especialización: la búsqueda para sus textos de la hibridez genérica que comenzaba a ser repudiada por el periodismo, preocupado por lo factual y cuyas pulsiones estarían dictadas por el creciente mito de la objetividad.

desfavorables juicios sobre el modernismo, y la contraposición, establecida de tajo, entre Casal y Martí.

Tal imagen, por supuesto, implicaba la anulación total del periodista. O mejor: ¿qué periodismo podía haber hecho alguien *como él*, un evadido rodeado de objetos exóticos? Se nos escamoteaban, sin más, las tremendas ganancias, para nuestra cultura y para la comprensión de nosotros mismos, de su prosa y, sobre todo, de la complejidad del momento cubano conocido como Tregua Fecunda. Es el periodismo casaliano una suerte de caja de resonancia de los anhelos independentistas y de la razonada propaganda autonomista. Si bien no militó en partido o agrupación política alguna, sabidos son sus nexos y confesa admiración por los próceres de la independencia. Mas Casal escribió en Cuba para periódicos cubanos: es su escritura velada a ratos, mas otras veces, a pesar de la censura existente en la época, muestra su admiración sin reservas por los valores de la cubanía. A esta luz puede ser leída no ya la galería de cubanos reunidos en los *Bustos*: las gacetillas en *El País* pueden ser interpretadas como afirmación de los valores de la civilidad en Cuba. Su nostalgia por otros mundos — como muy bien han afirmado los grandes teóricos del modernismo — no nace de una ahistórica y evasiva asunción de lo ajeno: es el resultado de la evidente imposibilidad de satisfacción de los más caros anhelos en una nación cuyas llagas morales describió una y otra vez. Por eso su simpatía por Enrique José Varona, Aurelia Castillo y Esteban Borrero, entre otros muchos que sentimos palpitar en sus mejores páginas periodísticas.

¿Cabe la denominación de periodista para Julián del Casal? Traigamos a colación cierta definición citada por José Luis

Aún así, ciertas características o tareas principales reconocidas por Emil Dovifat como propias de la actividad periodística, son cabalmente cumplidas por los modernistas en tanto corresponsales de los grandes periódicos del continente: actualidad (las últimas noticias), periodicidad (períodos cortos y regulares) y genericidad (la más amplia circulación), tareas “unificadas en la práctica por la conjunción de tres diferentes soportes: el equipo intelectual o espiritual (los hombres de la Redacción del periódico), la base económica (la empresa editorial) y el equipamiento técnico necesario”.⁶ ¿También en Casal? Por supuesto que sí. El segundo tomo de sus *Prosas* reúne 107 textos⁷ publicados en el diario *La Discusión* — firmados con el seudónimo *Hernani* — entre el 28 de noviembre de 1889 y el 21 de julio de 1890, muchos de ellos con frecuencia diaria. Es la zona más evidentemente periodística, o asumida como tal por su autor y leída así por la crítica. En la nota de presentación en el volumen que las contiene, se lee: “Y Casal tenía que sentarse a la máquina día tras día venciendo los primeros síntomas de la enfermedad que ya comenzaba a invadirlo, el hastío y los pocos deseos de acudir a un teatro donde se ponía en escena una obra que muchas veces no le interesaba. Así se explican ciertas crónicas hechas al desgaire, hechas para «llenar la columna»”. Incluso, los compiladores se sienten obligados a asegurar que las mismas “se compilan para que su prosa aparezca completa y también se vea lo que hacía

⁵ Cf. José Luis Martínez Albertos, *Curso general de redacción periodística*, La Habana, Editorial Pablo de la Torriente Brau, [s.a.], 2007, p. 24.

⁶ *Ibidem*, p. 46.

⁷ En realidad se trata de 112, pero como algunos, con ligeras variantes o idénticos, fueron publicados en *La Habana Elegante*, aparecen en el primer tomo de las *Prosas*.

para mantenerse”.⁸ Muchas de esas crónicas no merecen un juicio tan severo, y si bien algunas quizás no demanden la atención de los estudios literarios —los que suelen situar en su perspectiva sólo los textos de probada perfección formal y en los que se aprecia la existencia de una personalidad sobresaliente—, son particularmente valiosos para este estudio, pero no sólo ellos: los folletines publicados en *El País*, con frecuencia semanal, también están penetrados de este ritmo y disciplina mental, las propias de un periodista. Al respecto, también nos es muy útil José Luis Martínez Albertos: en su opinión, uno de los elementos para toda delimitación entre periodismo y literatura radica, precisamente, en la disciplina mental a que obliga el ejercicio del periodismo, la que existe “en la medida en que unos determinados escritores —o productores de textos— se someten voluntariamente a una determinada disciplina intelectual en el momento de dar forma literaria a sus mensajes. Si no existe esta disciplina previa, el producto lingüístico resultante no puede ser considerado con propiedad un texto periodístico”.⁹ ¿Cómo clasificar, entonces, los textos de Julián del Casal aparecidos en los periódicos cubanos? Buena pregunta, sobre todo por dos detalles en lo absoluto superfluos: el reconocimiento —que partió de los propios modernistas— de haber tenido en el periodismo el laboratorio del estilo. Recordemos a Darío, quien de su experiencia en *La Nación* afirmó: “es en ese periódico donde comprendí a mi manera el *manejo del estilo*”.¹⁰ No en balde introduce Darío la expresión “a mi manera”, o sea, que reivindica para el estilo todo cuanto lo relaciona con la expresión individual, con la personalísima selección de los medios de expresión, lo que, por supuesto, acerca al periodismo y la literatura en tanto ejercicios profesionales, y separa al primero —tal como fuera asumido por los modernistas— de las que ya comenzaban a ser normas corrientes.

Las proteicas relaciones entre literatura y periodismo tienen, en el caso del modernismo, una salvedad insoslayable: su configuración en las publicaciones periódicas. Lea Fletcher, en un atendible libro que reúne cuentos modernistas nunca reunidos en libros por sus autores, o lo que es igual, dispersos en publicaciones periódicas, comenta la lógica del nacimiento de los mismos: “Así, por un lado negativo —la escasez de libros—, y por otro positivo —la abundancia de publicaciones periódicas (diarios, revistas, almanaques)—, resultó que fueron estas en donde más se leyeron los escritos modernistas. El papel de estas publicaciones fue indispensable en la difusión del modernismo como nunca

lo fue para los otros movimientos”. Y afirma la validez, aún hoy, de una opinión de Rafael Alberto Arrieta de 1959: “No ha sido escrita aún la historia del modernismo en la Argentina y sólo podrá serlo a través de los diarios, periódicos y revistas de la época, que en buena parte guardan intactos sus materiales”.¹¹

Desconocer la historia de la prensa es, por tanto, desconocer la historia del modernismo, y, viceversa, relación que se complica a tenor con lo expresado por Julio Ramos respecto a nuestra insuficiente comprensión de los procesos comunicativos de finales del siglo XIX: “los historiadores del período —época de incorporación de América Latina al mercado internacional, al decir de T. Halperin Donghi— no prestan atención a la importancia que los medios de comunicación tuvieron en términos de la modernización social en la época”. Son varios los aspectos sobreentendidos: “la prensa contribuyó a articular los mercados locales, e incluso internacionales, y [...] de algún modo permanece como archivo de la vida cotidiana de aquellas sociedades”. Sin embargo —según Ramos—, “es notoria la ausencia de historias más o menos rigurosas del periodismo, cuyo desarrollo más bien ha sido objeto, por lo general, de las narrativas y anecdotarios de los mismos periodistas.” Ello no impide “argüir que el desarrollo de la prensa en el siglo XIX —como ya preveían los patricios modernizadores— fue una condición de posibilidad de modernización y reorganización social que caracteriza al fin de siglo”.¹²

Ello sitúa a los modernistas, y a Casal, en uno de esos momentos bisagra, no ya respecto a la modernización de la sociedad, sino de la prensa misma: época de paradigmas encontrados y de reformulación de las estrategias de enunciación. Tales son las circunstancias de su ejercicio del periodismo, aunque, a mi modo de ver, lo verdaderamente significativo es su reflexión —convengamos que bastante adelantada y en consonancia con lo que por esa fecha y en años posteriores expondrían al respecto otros escritores y periodistas— sobre los mecanismos de funcionamiento de la prensa, sobre su lugar en la sociedad y sobre el espacio reservado por la nueva organización al escritor, y por el lugar que los textos resultantes, nacidos de tales pulsiones, tendrían dentro del ámbito de su obra propia y de la modernidad.▣

María Antonia Borroto Trujillo (Camagüey, 1973). Periodista y profesora cubana. Doctora en Ciencias de la Comunicación Social, Universidad de La Habana, 2013. Profesora Auxiliar de la Filial de la Universidad de las Artes en Camagüey. Autora de los libros: *Ansias de traspasar el horizonte: estudios sobre Julián del Casal* —premio nacional de ensayo Emilio Ballagas—, *Conversaciones gustosas y Páginas volanderas* (compilaciones de textos periodísticos, editados por Ácana en Camagüey), *Imagen múltiple de la ciudad: tres cronistas miran La Habana* (Casa Editora Abril, Premio Calendario de ensayo 2008) y *Palpitación de lo diario: un costumbrista llamado José Martí* (Premio Eliseo Diego 2007 y Premio de la Crítica Mariana 2011, facturado por Ediciones Ávila); *Lectura en dos orillas* y *La novia de Martí*.

⁸ *Prosas*, Tomo II, p. 8

⁹ José Luis Martínez Albertos, *op. cit.*, p. 178

¹⁰ Cf., Susana Rotker, *Fundación de una escritura: las crónicas de José Martí*, La Habana, Ediciones Casa de las Américas, 1992, p. 116.

¹¹ Cf. Lea Fletcher, “Introducción”, en *Modernismo: Sus cuentistas olvidados en la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del 80, 1986, p. 21.

¹² Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Fundación Editorial El perro y la rana, Caracas, 2009, pp. 184, 185.